

«Ha habido mártires—dice Michelet—; la historia ostenta un sinnúmero, más o menos gloriosos. El orgullo ha tenido mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de conversia. Ninguna época ha habido sin mártires militantes, que, sin duda alguna, murieron de buen grado cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables a nuestro siglo. La santa joven no es de éstos; tenía un signo propio: la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Poseía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia: Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en los más rudos combates; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó a la guerra el espíritu de Dios» (1).

El pueblo francés no ha olvidado a Juana de Arco. Muchas estatuas han sido erigidas a su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación a otra entre los soldados franceses. Siempre que un regimiento marcha por Domremy, hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido de tal modo, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país a que sirvió con tanta fidelidad.

(1) Michelet, *Hist. de France*, lib. VIII, cap. 3.

CAPITULO VI

SUFRIMIENTO HASTA EL FIN—SAVONAROLA

Love masters agony; the soul th' seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her present God again,
Contented dies away.—KEBLE (1).

Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth.
JORGES MACDONALD (2).

'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die.—HYMNAL (3).

Do you ask me in general what will be
The end of the conflict? I answer, Victory.
But if you ask me in particular, I answer,
Death.—SAVONAROLA (4).

Ocupémonos nuevamente en algunos de los grandes héroes mártires de Italia, de Arnolfo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del Imperio romano, volvieron a obtener ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza hu-

mana
que la
fizó l
«¿Qu
mant
meno
nunca
y la c
su co

Página C... la oración, ... de

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, jamás dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende a las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia se hallaba entregada a la lujuria y a la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la

(1) El amor triunfa de la agonía; el alma que parecía abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su padre feneció contenta.—KEBLE.

(2) Es preferible la muerte cuando ha finalizado el trabajo, al nacimiento más favorecido del mundo.—JORGES MACDONALD.

(3) Todo en la vida no es vivir, ni todo en la muerte es morir.—Del libro de los himnos.

(4) Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo respondo: la victoria. Pero, si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte.—SAVONAROLA.

«Ha habido mártires—dice Michelet—; la historia ostenta un sinnúmero, más o menos gloriosos. El orgullo ha tenido mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de controversia. Ninguna época ha habido sin mártires militantes, quienes, sin duda alguna, murieron de buen grado cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables a nuestro caso. La santa joven no es de éstos; tenía un signo propio: la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Poseía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia: Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en los más rudos combates; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó a la guerra el espíritu de Dios» (1).

El pueblo francés no ha olvidado a Juana de Arco. Muchas estatuas han sido erigidas a su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación a otra entre los soldados franceses. Siempre que un regimiento marcha por Domremy, hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido de tal modo, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país a que sirvió con tanta fidelidad.

(1) Michelet, *Hist. de France*, lib. VIII, cap. 3.

FEDERAL

Página Tres

CAPITULO VI

SUFRIMIENTO HASTA EL FIN—SAVONAROLA

Love masters agony; the soul ths seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her present God again,
Contended dies away.—KEBLE (1).

Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth.

JORGÈ MACDONALD (2).

'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die.—HYMNAL (3).

Do you ask me in general what will be
the end of the conflict? I answer, Victory.
But is you ask me in particular, I answer,
Death.—SAVONAROLA (4).

Ocupémonos nuevamente en algunos de los grandes héroes mártires de Italia, de Arnolfo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del Imperio romano, volvieron a obtener ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza humana. La Iglesia no podía prevalecer sobre ellas. Lo cierto era que la Iglesia las seguía. San Bernardo de Clairvaux estigmatizó los vicios de los romanos con estas palabras mordaces: «¿Quién ignora su vanidad y su arrogancia? Una nación amantada en la sedición, intratable, y que rehusa obedecer, a menos que sea muy débil para resistir. Diestros en la maldad, nunca han aprendido la ciencia de hacer bien. La adulación y la calumnia, la perfidia y la traición, son los actos comunes de su conducta.»

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, jamás dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende a las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia se hallaba entregada a la lujuria y a la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la

(1) El amor triunfa de la agonía; el alma que parecía abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su padre fenecer contenta.—KEBLE.

(2) Es preferible la muerte cuando ha finalizado el trabajo, al nacimiento más favorecido del mundo.—JORGÈ MACDONALD.

(3) Todo en la vida no es vivir, ni todo en la muerte es morir.—Del libro de los Himnos.

(4) Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo respondo: la victoria. Pero, si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte.—SAVONAROLA.

«Ha habido mártires—dice Michelet—; la historia ostenta un sinnúmero, más o menos gloriosos. El orgullo ha tenido mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de controversia. Ninguna época ha habido sin mártires militantes, quienes, sin duda alguna, murieron de buen grado cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables a nuestro caso. La santa joven no es de éstos; tenía un signo propio: la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Poseía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia: Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en los más rudos combates; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó a la guerra el espíritu de Dios» (1).

El pueblo francés no ha olvidado a Juana de Arco. Muchas estatuas han sido erigidas a su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación a otra entre los soldados franceses. Siempre que un regimiento marcha por Domremy, hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido de tal modo, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país a que sirvió con tanta fidelidad.

(1) Michelet, *Hist. de France*, lib. VIII, cap. 3.

CAPITULO VI

SUFRIMIENTO HASTA EL FIN—SAVONAROLA

Love masters agony; the soul tha seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her present God again,
Contented dies away.—KEBLE (1).

Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth.
JORG^S MACDONALD (2).

'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die.—HYMNAL (3).

Do you ask me in general what will be
the end of the conflict? I answer, Victory.
But is you ask me in particular, I answer,
Death.—SAVONAROLA (4).

Ocupémonos nuevamente en algunos de los grandes héroes mártires de Italia, de Arnolfo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del Imperio romano, volvieron a obtener ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza humana. La Iglesia no podía prevalecer sobre ellas. Lo cierto era que la Iglesia las seguía. San Bernardo de Clairvaux estigmatizó los vicios de los romanos con estas palabras mordaces: «¿Quién ignora su vanidad y su arrogancia? Una nación amantada en la sedición, intratable, y que rehusa obedecer, a menos que sea muy débil para resistir. Diestros en la maldad, nunca han aprendido la ciencia de hacer bien. La adulación y la calumnia, la perfidia y la traición, son los actos comunes de su conducta.»

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, jamás dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende a las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia se hallaba entregada a la lujuria y a la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la

(1) El amor triunfa de la agonía; el alma que parecía abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su padre fenece contenta.—KEBLE.

(2) Es preferible la muerte cuando ha finalizado el trabajo, al nacimiento más favorecido del mundo.—JORGE MACDONALD.

(3) Todo en la vida no es vivir, ni todo en la muerte es morir.—*Del libro de los himnos*.

(4) Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo respondo: la victoria. Pero, si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte.—SAVONAROLA.

pobreza, la miseria y el vicio prevalecían en las inferiores. El miembro de la Iglesia no valía más que la generalidad: «deseáis que vuestro hijo sea un hombre malo, hacedlo sacerdote», era un dicho común. Así, pues, un pueblo que había sido valiente y vigoroso, estaba al borde del aniquilamiento moral.

En el duodécimo siglo hizo oír Arnaldo de Brescia el clamor de la libertad italiana. Su posición en la Iglesia figuraba en las filas más modestas. Era predicador apasionado y elocuente. Predicaba la pureza, el amor, la equidad. También predicaba la libertad. Esta era la más peligrosa de todas sus lecciones. No obstante, el pueblo le reverenciaba como a un patriota. No faltaron enemigos que informaran al Papa de lo que decía. Inocencio III condenó sus opiniones, y los magistrados de Brescia procedieron a la ejecución de su sentencia. Pero Arnaldo, advertido oportunamente, huyó a Suiza, pasando los Alpes, donde halló un refugio en Zurich, el primero de los cantones suizos.

No habiéndole hecho perder ánimo el miedo, pasó de nuevo los Alpes, fué a Roma, y allí erigió su cátedra. Estaba protegido por los nobles y por el pueblo, y durante diez años vibró su elocuencia sobre las Siete Colinas. Exhortaba a los romanos que defendieran los inalienables derechos de hombres y cristianos, que restauraran las leyes y la magistratura de la república y que redujeran a su pastor al gobierno espiritual de su rebaño.

Conservó su poder durante la vida de dos papas, pero al subir Adriano IV, el único inglés que nunca haya ascendido al trono de San Pedro, se hizo a Arnaldo una oposición vigorosa y fuerte. El papa puso en entredicho a todo el pueblo, y el destierro de su reformador era el precio de su absolución. Arnaldo fue preso y condenado a muerte. Fué quemado vivo en presencia de un pueblo indolente y desgraciado, y sus cenizas fueron arrojadas al Tíber, a fin de que no fueran sus discípulos a recogerlas y rendir culto a las reliquias de su maestro.

Italia siguió en su carrera de frivolidad, de disipación y de vicio. El estado guerreaba contra el estado, y los güelfos y gibelinos desolaban el país. Apareció Dante en el siglo décimo tercero, y vibró nuevamente el grito de la libertad. Creía en la justicia eterna. En virtud de la verdad y del amor que vivían en su alma, estableció el contraste entre la vida de Italia y las tendencias más elevadas y nobles de la humanidad. El mundo italiano oscilaba en la luz de la época, entre el cielo arriba y el infierno abajo. Discernía la justicia eterna en el turbulento comportamiento de los hombres. Toda su alma se elevó a la altura de un gran argumento, y emitía en cantos incomparables, su apología sobre los designios de Dios para con el hombre.

Durante los largos siglos de la degradación y de la miseria

italiana fueron sus vehementes palabras como una antorcha de vigilancia y un faro para los fieles y leales a su país. Era el heraldo de la libertad de su patria, arrostrando la persecución, el destierro y la muerte por su amor a ella. En su *De Monarchia*, abogaba, de igual modo que Arnaldo de Brescia, por la separación del poder espiritual y del poder civil, y sostenía que el poder temporal del Papa era una usurpación. Su *De Monarchia*, fué quemado en público en Bolonia, por orden del legado pontificio, y el libro puesto en el *Index* de Roma. Ha sido siempre el más nacional de los poetas italianos, el más amado y el más leído. Le desterraron de Florencia en 1301. El pueblo saqueó su casa, y fué sentenciado, durante su ausencia, a ser quemado vivo. En su destierro escribió algunas de sus más nobles obras. Los hombres pensaban en él, le respetaban, y le amaban. Anhelábase que su sentencia de destierro fuera anulada y que pudiera regresar a Florencia.

Era una antigua costumbre la de perdonar a ciertos criminales en Florencia durante la fiesta de San Juan; el apóstol que «amaba tanto». Se le comunicó a Dante que se le otorgaría ese perdón a condición de que se presentara como criminal. Cuando se le hizo la oferta, exclamó: «¡Qué! ¿es ésta la gloriosa revocación de una sentencia injusta, por la cual ha de volver Dante Alighieri a su patria, luego de haber sufrido tres lustros de destierro? ¿Es esto lo que vale el patriotismo? ¿Es ésta la recompensa de un continuo trabajo y estudio?... Si solamente de este modo he de poder volver a Florencia, entonces jamás volveré a entrar en ella. ¿Y qué hay en ello? ¿No he de ver el sol y las estrellas dondequiera que yo esté? ¿No he de poder meditar sobre la grata verdad en cualquier parte debajo del cielo, sin tener que entregarme antes, desnudo de gloria y casi en la ignominia, al pueblo de Florencia? El pan no me ha faltado todavía. ¡No! ¡no! ¡no regresaré!» Dante rehusó, pues, el perdón que de tal modo se le ofrecía. Permaneció veinte años en el destierro, y murió en Rávena, en 1321.

Como un siglo más tarde apareció otro heraldo de la libertad, un hombre recto y valeroso, que figura en la historia entre las joyas, Jerónimo Savonarola. Nació en Ferrara, en 1452. Sus padres, aunque pobres, eran nobles. Su padre se hallaba en la corte, siendo este privilegio patrimonio de su familia. Su madre era una mujer que poseía gran fuerza de carácter. Al principio pensábase que Jerónimo fuera educado para médico, pero sus inclinaciones le arrastraron hacia una dirección muy opuesta.

Italia se hallaba entregada aún a sus pasiones, sus corrupciones y sus vicios. Los ricos tiranizaban a los pobres; y los pobres eran míseros, desvalidos y abandonados. Jerónimo había

llenado desde temprana edad su alma con ideas religiosas. Conagróse al estudio de la Biblia y a los escritos de Santo Tomás de Aquino. Encontróse en pugna con el mundo, y le disgustaron las profanaciones que existían en torno suyo. «No hay uno—decía—, no queda ni siquiera uno que anhele lo que es bueno; tenemos que aprender de los niños y de las mujeres de la clase baja, porque únicamente en ellos queda aún una sombra de inocencia. Los buenos son oprimidos, y el pueblo de Italia ha llegado a ser igual al de Egipto, que retenía en servidumbre al pueblo de Dios.»

Al fin se resolvió Jerónimo a abandonar el mundo del vicio y entregarse por completo a la religión. A los veintitrés años reunió lo poco que tenía en un lío, dejó a Roma sin despedirse de sus padres y marchó a pie hasta Bolonia. Fué derecho al convento de Santo Domingo, y pidió ser admitido en la orden como sirviente. Inmediatamente fué recibido, y se preparó para entrar en su noviciado.

En seguida escribió a su padre, informándole de las razones por las que había abandonado su casa. «Los motivos—decía—que me han impulsado a entrar en la vida religiosa, son éstos: la gran miseria del mundo; las iniquidades de los hombres; sus adulterios y los robos; su orgullo, su idolatría y sus espantosas blasfemias... No podía soportar la gran perversidad del ciego pueblo de Italia; y tanto más, cuanto que yo veía por doquier el desprecio de la virtud y que se honra el vicio. Congoja mayor no podía tener yo en este mundo; y por esto fuí inducido a elevar una oración a Jesucristo, pidiéndole que me sacara de este foco de infamia. Esta corta oración la he tenido continuamente en los labios, suplicando fervorosamente a Dios que me hiciera conocer el camino en que debiera marchar... Nada más me queda que decir, si no es el suplicaros encarecidamente, como hombre de espíritu fuerte, que consoléis a mi madre, y pido que vos y mi madre me otorguéis vuestra bendición.»

Por aquel tiempo se había hecho casi intolerable la corrupción de la Iglesia. La insaciable avaricia de Pablo II, la perfidia y la falta de escrupulosidad de Sixto IV, los inauditos crímenes de Alejandro VI (Borgia) (1), producían un desaliento universal en los hombres buenos de toda Italia. «¿Dónde están—decía Savonarola en su celda—los antiguos doctores, los antiguos santos, el saber, el amor, la pureza de los tiempos pasados? ¡Oh Dios!

(1) El pontificado de Alejandro VI, es realmente la página más negra de la historia de la Roma moderna. La desmoralización general de aquel tiempo, de la que se hallan abundantes detalles en el *Diarium* de Juan Burchard, lo mismo que en Panvinus, Martini; en la continuación de la *Historia Ecclesiastica* de Fleury, por Favre, y otros escritores, así católicos como protestantes, parece casi increíble en nuestros días.—*English Cyclopædia*.

¡si estas alas con que se remontan, y que únicamente conducen a la perdición, pudieran ser tronchadas!»

Al mismo tiempo había desaparecido casi en absoluto la libertad. Los principillos que tiranizaban al pueblo no mostraban ni la energía ni la sagacidad de sus padres. Su única aspiración ardiente era el poder sin límites. Su conducta ocasionaba a veces el resentimiento de sus súbditos. Algunos de ellos fueron por esa razón asesinados a la luz del día. El duque Galeazzo recibió la muerte en una iglesia de Milán. El duque Nicolás de Este fué muerto en Ferrara. El duque Julio de Médicis fué asesinado en la catedral de Florencia, durante la elevación de la hostia.

En medio de tal desmoralización se formó la vida de Savonarola. Muy pronto descubrió el prior del convento de dominicos en Bolonia las raras cualidades de su espíritu. En vez de hacer trabajo mecánico, fué ascendido a instruir a los novicios. La obediencia era su deber, y se consagró a su nuevo empleo con un corazón bien preparado. Entonces fué ascendido del empleo de maestro de los novicios al de predicador. A la edad de treinta años fué enviado a predicar a Ferrara, ciudad de su nacimiento. Allí no encontraron eco sus sermones. No era más que uno de entre ellos. ¿Qué podían oír de él que ya no supieran? No recibió distinción alguna en su mismo pueblo. Predicó igualmente en Brescia, en Pavía y en Génova, donde su elocuencia fué muy apreciada.

Después de haber permanecido como unos siete años en el convento de dominicos en Bolonia, fué por último enviado Savonarola a Florencia. El camino le condujo a través de un país nuevo. Jamás había viajado tan al Sud. Marchaba a pie, y tuvo sobrado tiempo para inspeccionar el hermoso paisaje que le rodeaba. Subió en línea recta la colina hasta Lugana, mirando por atrás hacia Bolonia y el paisaje hacia el Norte, que nunca más volvería a ver. Atravesó las selváticas montañas, frías y desnudas hasta la cima de *La Futa*, unos tres mil pies próximamente sobre el nivel del mar. Siguió por el valle de Seive, y cruzó el espolón de los Apeninos, que divide el valle de Seive del Arno. Y allí a sus pies, la magnífica Florencia, teatro de su brillante carrera, de su valerosa vida y también de su martirio.

Al llegar a Florencia, se encaminó Savonarola en el acto al convento de San Marcos, en el cual fué admitido como hermano. En esa época estaba Lorenzo *el Grande* en el cenit de su poder. Se había librado de sus enemigos mediante el destierro, el encarcelamiento o la muerte. Con sus fiestas, bailes y torneos tenía el pueblo a sus plantas. Era, igualmente, favorito de los nobles y de la plebe. Todo el desenfreno de su vida parecía haber sido dado al olvido, porque era el protector de las letras y de las be-

llas artes. Dice Villari que en su época «eran igualmente depravados en su espíritu los artistas, los hombres de letras, los políticos, la nobleza y el pueblo; sin virtud pública ni privada sin ser guiados por ningún sentimiento moral. La religión usaba como medio para gobernar o como una ruina hipocresía. No había sinceridad en los asuntos civiles, en la religión, en la moral, ni en la filosofía. Ni el escepticismo existía en un grado cualquiera de seriedad. Reinaba en absoluto una fría indiferencia por los principios» (1).

Savonarola estaba disgustado con todo esto. Cuando predicó por primera vez en San Lorenzo, se pronunció con vehemencia contra las corrupciones de su tiempo. Fustigó al vicio con látigo de acero. Atacó el juego, la mentira y el engaño, atacando largamente la Biblia. Al principio quedó sorprendido en el auditorio, luego disgustado, y, finalmente, indignado. ¿Quién era este fraile que había venido del otro lado de las montañas para atacar la corrupción de Florencia? Se mofaron y se rieron de él. En una ciudad bella, todo era hermoso, menos él. Era de estatura mediana y de color moreno. Sus rasgos fisonómicos eran rudos y marcados, y su nariz larga y aguileña; grande su boca y gruesos sus labios; y su barba era entrada y cuadrada. Ya los veintitrés años se hallaba cubierta de arrugas su frente. ¿En éste un hombre capaz de adquirir influencia o posición en Florencia?

Cuando predicaba otro fraile ilustrado acudían en tropel para escucharle. Conocía al pueblo y halagaba sus vicios. A nadie atacaba, ni siquiera mencionaba la pérdida de religiosidad ni la de la libertad. Era amigo de Lorenzo *el Magnífico*. Cuando se dirigían bromas a Savonarola con el éxito de su rival, contestaba: «La elegancia del lenguaje tendrá que ceder ante la sencillez del modo de predicar la verdadera doctrina.» Sintióse íntimamente convencido de su misión divina. La juzgaba como el deber culminante de su vida, y su único pensamiento era cómo el deber podría cumplir mejor con su deber.

En San Marcos hizo cargo nuevamente de la instrucción de los novicios, y daba algunas conferencias en el convento a un auditorio selecto e indulgente. Se le pidió insistentemente que hablara desde el púlpito. Accedió, y predicó un sermón extraordinario el 1.º de agosto de 1490. Tenía entonces treinta y ocho años. Durante la cuaresma siguiente predicó en el *Duomo*. El pueblo concurría en masa a sus sermones. Despertaba en la multitud excitada el fervor de sus propios sentimientos. Ya no era el hombre insignificante que había aparecido en San Lorenzo

(1) *Historia de Jerónimo Savonarola y de su época*, por el profesor Villari.

Tronaba con todo su poder contra los vicios del pueblo aletargado, y se esforzaba en despertarlo de aquel letargo. Este se hallaba pendiente de sus labios, y su entusiasmo por él aumentaba de día de en día.

Todo esto disgustaba en sumo grado a Lorenzo de Médicis. Envió a cinco de los principales ciudadanos de Florencia para hacer presente a Savonarola los peligros a que se exponía, no solamente él sino también el convento. Su respuesta fué: «Bien sé que no habéis venido aquí *motu proprio*, sino que habéis sido enviados por Lorenzo. Decidle que se disponga a arrepentirse de sus pecados, porque el Señor a nadie perdona, y no teme a los príncipes de la tierra.»

En ese mismo año fué elegido prior de San Marcos. Conservó su integridad e independencia. No obstante los ricos regalos que hacía Lorenzo a su convento, juzgaba Savonarola severamente su carácter. Conocía el daño que había causado a la moralidad pública. Le juzgaba no sólo como enemigo, sino también como el destructor de la libertad, y que era el obstáculo principal para el mejoramiento de las costumbres del pueblo, y para que pudiera ser vuelto a una vida cristiana. En sus sermones seguía atacando el juego, aunque pudiera ser provechoso para el Estado; condenaba la lujuria y los despilfarros de los ricos, porque los consideraba completamente desmoralizadores para el pueblo en general.

Constantemente insistió Savonarola en la necesidad de las buenas obras, y, por consiguiente, en el albedrío humano. «Nuestra voluntad—decía—es por su naturaleza esencialmente libre; es la personificación de la libertad.» Dios es el mejor auxiliar, pero quiere ser ayudado. «Sed fervorosos en la oración—añadía—, pero no descuidéis los medios humanos. Debéis ayudarnos de todas maneras, y entonces estará el Señor con vosotros. Tomad ánimo, hermanos míos, y, ante todo, vivid unidos.» Y en otra ocasión dijo: «Por veracidad entendemos cierto hábito por el cual el hombre, así en sus acciones como en sus palabras, se manifiesta ser lo que en realidad es, ni más ni menos. Esto es un deber moral, aunque no lo sea legal; porque es una deuda que en conciencia tiene todo hombre para con sus semejantes, y la manifestación de la verdad es una parte esencial de la justicia.»

Transcurrido algún tiempo dejó Lorenzo *el Magnífico* a Florencia y se retiró a su Villa Corregi (1) para morir. Fué en los primeros días del mes de abril, cuando la Naturaleza estaba más fresca y brillante, cuando la voz del ruiseñor ni por un momen-

(1) La villa que actualmente se halla en poder de particulares, llámase Médicis-Siense.

to enmudecía. La villa está situada en el anchuroso valle de Arno, como a tres millas al Nordeste de Florencia. Desde sus ventanas se ven el *Duomo* y el *Campanile* y las torres de muchas iglesias, que se elevan por encima de los árboles. Hacia el Norte se hallan las alturas de Fiesole, y a distancia se ven los suaves perfiles de las colinas toscanas.

Mas toda esta belleza no podía borrar la enfermedad y el pesar. Lorenzo estaba en su lecho de muerte. Habían sido probados todos los remedios. Ningún efecto habían causado los medicamentos de piedras preciosas disueltas. Nada aliviaba al gran hombre. Entonces dirigió su espíritu hacia la religión. Había perdido toda fe en los hombres, porque todos habíanse manifestado sumisos a sus deseos. No creía ni en la misma sinceridad de su propio confesor. «Ninguno se atrevió jamás a pronunciar me un *no* resuelto.» Pensó entonces en Savonarola. Ese hombre no había cedido jamás ante sus amenazas o sus halagos. «No conozco un fraile honrado, excepto él.» Hizo llamar a Savonarola para confesarse con él. Cuando fué informado el fraile del estado alarmante de Lorenzo, se fué acto seguido a Correggi.

El profesor Villari cuenta del siguiente modo la historia de la última entrevista entre Lorenzo y Savonarola. Apenas se acababa de retirar Pico de la Mirandola, cuando entró Savonarola y se aproximó respetuosamente al lecho del moribundo Lorenzo, quien dijo que había tres pecados de que quería confesarse con él, y por los cuales pedía absolución: el saqueo de Volterra, el dinero tomado del Monte de la Fancinella, que había originado tantas muertes, y la sangre derramada después de la conspiración de los Pazzi. Mientras decía esto estaba agitado, y Savonarola trataba de calmarle repitiéndole a menudo: «Dios es bueno, Dios es misericordioso.»

Apenas había acabado de hablar, cuando Savonarola le dijo: «Tres cosas se os exigen.» «¿Y cuáles son, padre?» El semblante de Savonarola se puso grave, y levantando los dedos de la mano derecha, empezó de este modo: «¡Primero es necesario que tengáis una fe completa y ardiente en la misericordia de Dios!» «Esa la tengo completamente.» «Segundo, es preciso devolver aquello que tomasteis injustamente, o que ordenéis a vuestros hijos que lo devuelvan por vos.» Esta exigencia pareció causarle sorpresa y pena; no obstante, haciendo un esfuerzo, dió su consentimiento con un movimiento de cabeza.

Entonces se levantó Savonarola, y mientras que el moribundo príncipe se estremecía aterrado en su lecho, parecía que el confesor se elevaba sobre sí mismo al decir: «Finalmente, debéis devolver la libertad al pueblo de Florencia.» Su aspecto era solemne, su voz casi terrible; sus ojos, como queriendo leer

respuesta, fijábanse en los de Lorenzo, quien, reuniendo toda la fuerza que aun le dejaba la Naturaleza, le volvió despreciativamente la espalda, sin pronunciar una palabra. Así lo dejó Savonarola sin darle la absolución; y Lorenzo, despedazado por el remordimiento, expiró poco después.

Sucedióle su hijo Pedro. Era éste en todos conceptos peor que su padre. No se cuidaba lo más mínimo de las bellas letras o las artes, y no hizo más que entregarse a la frivolidad y a la disipación. Savonarola siguió predicando como antes. Aumentó su fuerza, y su nombre se extendió por todas partes. Por influencia de Pedro fué enviado por algún tiempo fuera de Florencia; predicó en Pisa, Génova y otras ciudades. Volvió a Florencia. Puso en vigor el voto de pobreza en su convento, y quiso que los monjes vivieran de su propio trabajo. Dió estímulo particular al estudio de las Sagradas Escrituras, y quiso que él y sus hermanos fuesen a enseñar la doctrina a los paganos. Cuando cayeron sobre él las dificultades, pensó en abandonar a Florencia y entregarse a los trabajos de misionero.

Pero se quedó. El pueblo no quería dejarle ir. Siguió predicando ante apiñadas concurrencias en el *Duomo*. No solamente era severo contra los vicios de la época, sino contra los prelados que olvidan su deber. «Vosotros los veis—decía—llevando sobre sus cabezas mitras de oro, adornadas con piedras preciosas y con báculos pastorales de plata, parándose ante el altar con capas pluviales de brocado, entonando lentamente las vísperas y otras fiestas con gran ceremonia, con un órgano y cantores, hasta que os quedáis estupefactos... Verdaderamente los primeros prelados no tenían tantas mitras ni tantos cálices de oro; y se desprendían de los que tenían para ayudar a las necesidades de los pobres. Nuestros prelados obtienen sus cálices arrebatando a los pobres aquello que es su sostén. ¡En la iglesia primitiva había cálices de madera y prelados de oro, mas ahora tiene la iglesia cálices de oro y prelados de madera!»

Para obtener un poder soberano en Florencia, había entrado Pedro de Médicis en estrecha alianza con el Papa y el rey de Nápoles. Pero de repente los abandonó cuando supo que los franceses habían invadido a Italia. Ludovico *el Moro* usurpó el gobierno de Milán e invitó al rey de Francia, Carlos VIII, a que invadiera a Italia y acometiera la conquista del reino de Nápoles. Conforme con esto pasó la frontera un ejército francés y marchó hacia el Sud. Saqueaban los pueblos y ciudades que tomaban, y barrían todos los obstáculos. Tuvo entonces Pedro la idea de ir a presentarse a Carlos VIII y hacer las paces con él. Pedro puso en sus manos la importante fortaleza de Sarzana y el pueblo de Pietra Santa con las ciudades de Pisa y Leghorno.

Esta baja de su soberano exasperó al pueblo de Florencia. Negaronle la entrada en el palacio de los magistrados. Estaba en peligro su seguridad personal, y se fué precipitadamente a Venecia. Florencia se hallaba al borde de una revolución general.

Los partidarios de Médicis querían un rey; la masa del pueblo quería una república. Los dos partidos estaban a punto de desnudar las espadas. Savonarola era el único hombre que tenía influencia con el pueblo. Lo reunió en el *Duomo*, y allí intentó apaciguarlo. Al mismo tiempo lo exhortaba al arrepentimiento, a la unión, a la caridad, a la fe. Así fué apaciguado el tumulto que parecía que iba a estallar.

Fuó elegida una embajada compuesta de los más notables ciudadanos de Florencia, para presentarse al rey de Francia. Entre ellos iba Savonarola. Los embajadores fueron en carruaje. Savonarola fué a pie, que era su modo acostumbrado de viajar. Tuvieron los embajadores una entrevista con el rey, y fracasaron en su empeño. A su vuelta a Florencia se encontraron con Savonarola a pie. Fué solo al campo francés y vió al rey. Pidióle casi le exigió, que respetara la ciudad de Florencia, a sus mujeres, a sus ciudadanos y a su libertad. Poco después penetró el ejército francés en Florencia sin oposición. La tropa emprendió el saqueo del palacio de los Médicis, y se llevó los más preciosos modelos del arte. Para esta tarea se le agregaron hasta los miserables florentinos, que se llevaban públicamente o hurtaban todo aquello que consideraban raro o de valor. De esa manera, en un solo día, fueron destruidas o dispersadas las ricas acumulaciones de medio siglo.

Cuando el ejército francés marchó hacia el Sud, quedó Florencia sin gobernantes. Como por encanto desaparecieron los partidarios de los Médicis. A Savonarola se le dejó la dirección de la voluntad del pueblo. Respecto del futuro gobierno, le propuso al Consejo que él había convocado, que fuera implantada la forma del que tenía Venecia. Decía que ése era el único que había sobrevivido a la ruina general y había adquirido firmeza, poder y honra. Hubo una larga discusión sobre este asunto, hasta que el gobierno se estableció provisionalmente. De esa manera fué establecida en un solo año la libertad de Florencia.

Savonarola siguió predicando. Exigía la reforma del Estado, la reforma de la Iglesia, la reforma de las costumbres. Insistía con el pueblo para que usara de la libertad. «La verdadera libertad—decía—, la única que es libertad, consiste en la resolución de llevar una buena vida. ¿Qué clase de libertad puede ser aquella que nos somete a ser tiranizados por nuestras pasiones? Bien pues, para volver al objeto de este discurso, ¿anheláis vosotros

florentinos, la libertad? ¿Deseáis, ciudadanos, ser libres? Entonces, sobre todas las cosas, amad a Dios, amad a vuestros vecinos, amaos unos a otros, amad a la patria. Cuando tengáis este amor y esta unión entre vosotros, entonces poseeréis la verdadera libertad.»

Entre las cosas de valor práctico que introdujo la república, estaban la reducción de los impuestos, la mejora de la justicia, la supresión de la usura por el establecimiento de un Monte de Piedad. Los prestamistas judíos habían estado cargando 32 y medio por 100 de interés sobre las pequeñas cantidades prestadas a las clases trabajadoras. Aparte de esto, el Monte de Piedad fué establecido como una institución pública para hacer a los pobres préstamos en las condiciones más caritativas. El establecimiento de esta institución fué debido a los solos esfuerzos de Savonarola. También hizo la república que volvieran los descendientes del desterrado Dante, quienes por ese tiempo se hallaban reducidos a la más extremada pobreza.

Al mismo tiempo había cambiado completamente el aspecto de la ciudad. Las mujeres abandonaron sus ricos adornos y se vestían con la mayor sencillez. Los jóvenes se hicieron modestos y religiosos. Durante las horas de reposo del mediodía, se veían en sus tiendas a los mercaderes estudiando la Biblia o leyendo alguna obra del fraile. Las iglesias estaban muy concurridas, y se daban abundantes limosnas a cuantos eran dignos de ellas. Pero lo más sorprendente de todo era ver a comerciantes y banqueros que devolvían, por escrúpulos de conciencia, sumas de dinero, que en ocasiones ascendían a miles de florines, que habían adquirido indebidamente. Todo esto se realizaba por la influencia personal de un solo hombre.

Después de las fiestas de la cuaresma de 1495, quedó Savonarola completamente exhausto. Había vivido alimentándose muy poco. Observaba estrictamente sus ayunos. Su lecho era el más duro, su celda era la más pobre y peor provista; él rehusaba toda comodidad. Si era severo con los demás, lo era muchísimo más consigo mismo. Enflaqueció hasta un grado extraordinario; sus fuerzas estaban visiblemente decaídas, y se agravaba su debilidad por un mal interior. «No obstante—dice Villari—, era tal el valor indomable del fraile, que apenas habían concluido las luchas políticas, cuando ya había emprendido una serie de sermones sobre Job. Su debilidad física aumentaba su exaltación moral. Su mirada despedía fuego; todo su cuerpo se estremecía. Su elocuencia era más apasionada que de costumbre, pero al mismo tiempo más llena de ternura.»

Dice Burlamacchi: «Había predicado Savonarola un sermón terrible y alarmante, que fué transcrito palabra por palabra y

enviado al Papa. Indignóse éste y mandó llamar a un obispo de la misma orden, hombre sapientísimo, y le dijo: «Contestad este sermón, porque deseo sostener el debate contra ese fraile. El obispo replicó: «Santo Padre, así lo haré, pero tengo que tener los medios para contestarle y poderle vencer.» «¿Qué medios?» interrogó el Papa. «El fraile dice que no debemos tener concubinas, ni estimular la simonía. Y lo que él dice es la verdad.» El Papa repuso: «¿Qué tiene él que hacer con ello?» El obispo agregó entonces: «Recompensadle, y haced de él un amigo; honradle con el sombrero encarnado, para que abandone las profecías y se retracte de lo que ha dicho.»

En 1495 amenazóse a Savonarola con el asesinato por los Arrabbiati, club florentino de conspiradores en favor de los Medici. Creían que asesinando al fraile acabarían con la república. A causa de esto le rodeó un cuerpo voluntario de hombres armados, y le acompañaron del *Duomo* hasta el convento de San Marcos. El Papa, Borgia, Alejandro VI, envió una bula desde Roma, suspendiéndole el derecho de predicar y acusándole al mismo tiempo como propagador de doctrinas falsas. Mientras le hizo callar, dispusieron los Arrabbiati a hacer revivir las desenfradas pasiones y las diversiones obscenas del carnaval. Savonarola procuró evitar esto por medio de la «Reforma Intelectual». Los niños de sus partidarios se formaron en procesión y recorrieron las calles de Florencia recogiendo dinero para dar a los frailes de San Martín para alivio de los pobres.

Por último retiró el Papa su orden y permitió a Savonarola que siguiera predicando como antes. Ofreció hacer cardenal a Savonarola, a condición de que en lo futuro cambiaría el estilo del lenguaje que usaba en sus sermones. La oferta le fué hecha y rechazada. En el sermón que predicó en la mañana siguiente en el *Duomo*, dijo: «No quiero sombrero encarnado ni mitra grande ni chica. No deseo sino aquello que le fué otorgado a los santos: la muerte. Si yo hubiera aspirado a dignidades, sabéis perfectamente que no andaría usando ahora hábitos raídos. Estoy completamente dispuesto a dar mi vida por el cumplimiento del deber.»

Cayeron grandes desgracias sobre la república. Durante el sitio de Pisa fueron reducidos a gran miseria los florentinos. Véase a los pobres muriéndose de hambre en las calles y en los caminos públicos. Luego estalló la peste e hizo inmensos estragos. Penetró en el convento de San Marcos; Savonarola salió al campo a los enfermos y a los medrosos, mientras él permanecía con sus fieles adeptos. En la ciudad perecían diariamente unas cien personas. Savonarola estaba siempre pronto para ir a las casas atacadas por la peste y administrar

extremaunción a los moribundos. Cedió la peste pasado un mes próximamente, y volvieron las conspiraciones contra la república.

La mayor parte del tiempo lo pasaba Savonarola en su convento. Se hallaba atareadísimo en escribir su *Triunfo de la Cruz* y en corregir las pruebas conforme se las enviaba el impresor. En ese tratado demuestra que el cristianismo fué fundado sobre la razón, el amor y la conciencia. Era una contestación acabada a las bulas del Papa, y fué adoptado como libro de texto en las escuelas y por la congregación de la *propaganda fide*. No obstante esto, lanzó el Papa una excomunión contra Savonarola en mayo de 1497. A todos les fué prohibido darle asistencia ninguna o tener con él comunicación, ni trato, como persona excomulgada y sospechosa de herejía. La excomunión publicóse con gran solemnidad al mes siguiente en la catedral. Allí se reunieron el clero, los frailes de muchos conventos, el obispo y los altos dignatarios. Leyóse la bula del Papa, después de lo cual fueron apagadas las luces y todos permanecieron en el silencio y en la obscuridad.

Dos días después, hallándose cantando su servicio religioso los frailes de San Marcos, fueron interrumpidos por personas que gritaban ¡afuera! y arrojaban piedras contra las ventanas del convento. Los magistrados no intervinieron, y las cosas empeoraban de día en día. El desenfreno estaba nuevamente en auge. Las iglesias quedaban vacías y llenas la tabernas. Se olvidaron todos los pensamientos de patriotismo. Estos fueron los primeros frutos de la excomunión lanzada por Borgia sobre Savonarola. Realizáronse muchos esfuerzos para que la excomunión fuese retirada, pero en vano. El Papa amenazó a la ciudad con un embargo y con la confiscación de los bienes de los comerciantes florentinos establecidos en Roma. Mandó a los *Signori* que enviásen a Savonarola a Roma. Contestaron que, desterrar al fraile de Florencia, sería exponer a la ciudad a los mayores peligros. Inmediatamente le persuadieron a que predicara otra vez en la catedral, y así lo hizo. Predicó su último sermón el 18 de marzo de 1498.

Luego se siguió un gran cambio en la opinión pública. Dió vuelta de pronto, como una veleta impelida por el viento. Savonarola había trabajado durante ocho años en la ciudad de Florencia. Había exhortado al pueblo a que se arrepintiese, a vivir en paz entre sí, a que combatiera por la libertad, que abandonara el libertinaje y el juego, y, lo peor de todo en cuanto le concernía, había insistido en que procediera inmediatamente, con la ayuda de Dios, a hacer una reforma universal de la Iglesia. Había sido el hombre más popular de Florencia y ahora era el

más impopular. La marea había cambiado de pronto. Los adaltes de Savonarola habían desaparecido o se escondían, pero ahora parecía que toda Florencia le era hostil.

Los franciscanos le desafiaron a la prueba del fuego, una de las costumbres extrañas de la Edad Media. Savonarola la rechazó, aunque su hermano Domingo se hallaba pronto a aceptarla porque tenía gran fe en el fraile. Había otros que estaban dispuestos a unirsele; mas Savonarola veía la completa estultez locura de la prueba propuesta, y negóse a entrar en ella. El convento de San Marcos fué atacado por el populacho, guiado por los *Compagnacci*, quienes decidieron prenderle fuego. Algunos de los amigos de Savonarola estaban allí armados y querían defender el lugar; pero él les dijo: «Dejadme ir, porque esta tempestad se ha levantado por mi causa: dejad que me entregue al enemigo.» Los frailes le prohibieron que se entregara.

Entonces mandaron los *Signori* un cuerpo de tropas a la Plaza. Los maceros ordenaron que todo el que se hallase en el convento depusiera las armas, y declararon que Savonarola quedaba desterrado, y se le ordenaba que saliera del territorio florentino en el término de doce horas. Los hombres armados del convento quisieron defenderlo, muchos fueron muertos por ambas partes. Savonarola seguía en oración. Por fin, viendo la destrucción de vidas adentro y fuera, apeló a sus hermanos y amigos para que abandonaran la defensa y les rogó que le acompañaran a la biblioteca, situada a espaldas del convento.

En medio de esa sala, bajo las bóvedas sencillas de Michelozzi, colocó el sacramento de la Eucaristía, reuniendo a su alrededor a los hermanos, y se dirigió a ellos con sus últimas y memorables palabras: «Hijos míos: en presencia de Dios, halladome delante de la sagrada hostia, y ya con mis enemigos en el convento, confirmo ahora mi doctrina. Lo que he dicho me lo ha inspirado Dios, y EL me es testigo en el cielo de que es verdad lo que digo. No me podía imaginar que toda la ciudad pudiera haberse vuelto contra mí tan pronto; pero, ¡hágase la voluntad de Dios! Mi último consejo para vosotros es éste: Que vuestras armas sean la fe, la paciencia y la oración. Os dejo angustiado con dolor, para pasar a mano de mis enemigos. Ignoro si os quitarán la vida; pero de esto estoy cierto, y es que, muertos, podré hacer por vosotros mucho más en el cielo de lo que jamás haya podido hacer vivo en la tierra. Consolaos, abrazad la cruz, y con ello hallaréis el cielo de salvación.»

Entraron las tropas e hicieron prisionero a Savonarola. Sus manos le fueron atadas a la espalda y llevado preso ante los *Signori*. El pueblo estaba feroz, y difícilmente se logró que no asesinara. Dos de los hermanos insistieron en acompañarle. Un

vez llegados a presencia de los *Signori*, fueron encerrados los tres frailes en sus respectivos calabozos. A Savonarola se le dió el denominado Alberghettino, pequeña pieza en la torre del Palazzo, la misma en que Cosme de Médicis había estado preso algún tiempo.

En seguida se puso en el tormento a Savonarola. Fué llevado a presencia de los magistrados, en la sala alta del Bargello; y luego de ser interrogado, amenazado e insultado, le ataron a la cuerda de izar. En esta especie de tortura se ponía una cuerda en una roldana asegurada al extremo de un poste elevado. La persona que iba a ser atormentada tenía atadas las manos a la espalda, el extremo de la cuerda era enroscado en sus muñecas, y en esta posición era izado por el verdugo, y en seguida se le dejaba caer de súbito. Al ser estirados los brazos para atrás y hacia arriba, tenían que describir un semicírculo. De ese modo eran despedazados los músculos, y todos los miembros se estremeaban en la agonía. Cuando se repetía algunas veces, era seguro que el castigo producía el delirio y la muerte.

Desde su más tierna edad había sido Savonarola de constitución delicada y sensitiva, y por efecto de su habitual abstinencia, de sus largas veladas, su predicar casi nunca interrumpido, y su seria enfermedad interna, estaba tan débil y nervioso que se podía decir que su vida era un estado constante de sufrimiento, y que solamente se conservaba por la fuerza de su decidida voluntad. Todo lo que le ocurrió en sus últimos días (sus peligros, los ultrajes que había recibido, su pesar al verse abandonado por el pueblo de Florencia) no dejó de agregar algo a su sensibilidad. En este estado fué sometido a esa tortura violenta y cruel. Fué izado con la cuerda y dejado caer de súbito varias veces. Su espíritu comenzó pronto a divagar, sus contestaciones se hicieron incoherentes, y, por último, como si desparatara de sí mismo, exclamó con voz capaz de ablandar a un corazón de piedra: «¡Oh Señor! tomad, ¡oh! ¡tomad mi vida!»

Por fin se suspendió el tormento. Fué llevado otra vez a su calabozo destrozado y sangrando. Apenas difícilmente puede uno imaginarse sus sufrimientos en aquella noche. Apareció el nuevo día, y hacia el mediodía volvió a reanudarse el titulado juicio. Todos los jueces eran enemigos suyos. Fué interrogado y él contestó. Un abogado florentino, Ceccone, oyendo quejarse a los *Signori* de que no podían encontrar nada contra Savonarola, dijo: «Donde no existe causa, debemos inventarla.» Le fueron ofrecidos cuatrocientos ducados por los jueces si hacía una minuta falsa del interrogatorio, con alteraciones en las respuestas, hechas de modo que quedara asegurada la condenación del fraile.

Continuó el tormento día por día, durante las tristes horas

de la cuaresma y la triunfante alegría de las Pascuas. Los interrogatorios continuaron durante un mes. Un día fué Savonarola izado con la cuerda y dejado caer violentamente al suelo catorce veces. Nunca flaqueó su valor. Su cuerpo se estremecía de dolor, pero su resolución era inquebrantable. Le aplicaron brasas encendidas en las plantas de los pies. Mas su alma no cedió jamás. Volvió a ser mandado a su prisión, donde permaneció un mes.

Los comisionados del Papa llegaron el 15 de mayo de 1498. Fué sometido nuevamente Savonarola a un tercer interrogatorio. Por mandato del cardenal Ramolino, fué desnudado otra vez y torturado con crueldad salvaje. Comenzó a delirar, y daba contestaciones incoherentes, que el abogado alteraba completamente. Le hizo decir lo que querían que dijera los jueces. Y, no obstante, fracasaron por completo sus propósitos. Las minutas del interrogatorio jamás fueron firmadas ni publicadas.

Los comisionados se reunieron el 22 de mayo, y condenaron a muerte a los tres frailes, con la aprobación de los *Signori*. A los frailes se les comunicó inmediatamente la sentencia. Se hallaban completamente preparados para ello. Domingo recibió el anuncio de su muerte como si hubiese sido una invitación para una fiesta. A Savonarola se le encontró de rodillas, orando. Cuando oyó la sentencia, prosiguió sumido en sus oraciones. Al aproximarse la noche le fué ofrecida la cena, pero la rehusó diciendo que era preciso que preparara su espíritu para la muerte.

Poco después entró en su calabozo un monje. Jacobo Niccolini. Estaba vestido de negro, y su semblante se hallaba cubierto con una caperuza negra. Era un Battuto, miembro de una asociación que voluntariamente asistía a los últimos momentos de los criminales sentenciados. Niccolini le preguntó a Savonarola si podía hacer algo en su servicio. «Sí—contestó—: empeñaos con los *Signori* para que me permitan tener una breve conversación con mis dos compañeros de prisión, a quienes deseo decir algunas palabras antes de morir.» Mientras Niccolini fué a cumplir su misión, llegó un fraile benedictino para confesar a los presos, quienes, arrodillados devotamente, llenaron con mucho fervor su deber religioso.

Una vez más volvieron a reunirse los frailes. Era la primera que se veían al cabo de cuarenta días de encarcelamiento y de torturas. Ahora ya no tenían más pensamiento que llegar a la muerte con valor. Los dos hermanos arrodilláronse a los pies de Savonarola, su superior, y recibieron devotamente su bendición. Ya estaba muy entrada la noche cuando regresó a su calabozo. Allí estaba el bondadoso Niccolini. Como una muestra de afecto y de gratitud, se sentó Savonarola en el suelo y se durmió en las faldas del monje. Parecía que soñaba y se sonreía, tal era la se-

renidad de su alma. Al rayar el día se despertó y habló a Niccolini. Trató de grabar en su espíritu las futuras calamidades de Florencia.

Pot la mañana encontráronse de nuevo los tres frailes para recibir los sacramentos. Savonarola los administró con sus propias manos. Los recibieron consolados y alegremente. Fueron llevados en seguida a la Piazza. Habían sido erigidas tres tribunas en el Ringhiera, en que fueron colocados el obispo de Vasona, el comisionado del Papa y el Gonfaloniero. El patíbulo se extendía hasta la Plaza del Palazzo Vecchio. En el extremo había una viga de la cual pendían tres cuerdas y tres cadenas. Los tres frailes debían morir ahorcados por las cuerdas, y las cadenas serían luego rodeadas a sus cadáveres mientras que el fuego debajo de ellos los consumiría.

Los presos bajaron las escaleras del Palazzo. Fueron despojados de sus ropas, dejándoles solamente sus camisas. Sus pies estaban descalzos y sus manos atadas. Primeramente fueron conducidos ante el obispo de Vasona, quien pronunció su degradación. El obispo cogió el brazo de Savonarola y le dijo: «Te separo de la Iglesia militante y triunfante.» Entonces le corrigió el fraile, diciendo: «Militante, no triunfante; ¡eso no os incumbe!» En seguida fueron llevados ante el comisario del Papa, quien los declaró cismáticos y herejes. Finalmente fueron llevados ante el Otto, quien, conforme a la costumbre, puso a votación su sentencia, que se dictó sin voto contrario.

Ya se hallaban prontos para la ejecución. Los frailes marchaban hacia el patíbulo con paso firme. Un sacerdote, llamado Nerotti, dijo a Savonarola: «¿En qué estado de espíritu sufrís este martirio?» A lo cual respondió éste: «¡El Señor ha sufrido lo mismo por mí!» Estas fueron las últimas palabras que pronunció. Primeramente fué ejecutado fray Silvestre, en seguida fray Domingo; después de lo cual se le indicó a Savonarola que ocupara el sitio vacante entre los dos. Llegó a la parte superior de la escalera, y miró al pueblo que antes había estado pendiente de sus labios en el *Duomo*. ¡Qué transformación! La variable muchedumbre vociferaba ahora por su muerte. Puso su pescuezo en la cuerda, y fué ahorcado por el verdugo. Su muerte fué instantánea. Las cadenas fueron arrolladas alrededor de los cuerpos de los frailes, y el fuego los consumió en breve. Sus cenizas fueron recogidas y arrojadas del Ponte Vecchio al Arno. La ejecución se llevó a cabo el 23 de mayo de 1498, cuando Savonarola tenía sólo cuarenta y cinco años.

Aunque Lutero le canonizó como mártir del protestantismo,

no fué por esta causa por la que se le dió muerte (1), sino por su gran amor a la libertad. Su objetivo no era desertar de la Iglesia, sino estrechar los vínculos de la libertad y de la religión, restaurando a ambas en sus verdaderos principios. Por esto fué por lo que padeció su martirio; por esto por lo que dió su vida por su Dios y por su patria. Cuando las reformas que pedía insistentemente hayan progresado hasta llegar a ser una realidad en los hechos, habrá alcanzado el cristianismo su verdadera y completo desarrollo, e Italia podrá estar nuevamente a la cabeza de una civilización renovada.

Florenzia es una de las ciudades más memorables. Ha sido residencia de grandes pensadores, de grandes poetas y de grandes artistas, del Dante, Galileo, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Rafael (2) Donatello, Lucas della Robbiá, Maquiavelo y muchos hombres ilustres. Encuéntrase allí «la estatua que canta al mundo», las gloriosas obras de los más grandes pintores de Italia, el observatorio de Galileo, el lugar en que nació Dante, el lugar en que nació Lorenzo de Médicis, el hogar y la tumba de Miguel Ángel.

Mas tal vez los más interesantes sitios de Florenzia son el *Duomo*, en el cual predicaba Savonarola con elocuencia apasionada; el convento de San Marcos, en donde vivió su vida de pobreza, de devoción y de estudio, y el Palazzo della Signoría, donde fué puesto en manos de tiranos, y murió con la muerte de un mártir. En el convento de San Marcos podéis ver la reducida celda en que vivió, la Biblia en que leía y de la cual predicaba desde el púlpito, una pequeña Biblia de mano; sus márgenes hallaban cubiertas de innumerables notas autógrafas, en una letra tan pequeña que casi es imposible poderlas leer sin la ayuda de un microscopio. Todo esto se puede ver, así como su retrato, sus manuscritos, sus emblemas de devoción y otros muchos recuerdos de gran interés.

Hace ya mucho tiempo que Italia ha revocado el destino del Dante de Florenzia, y lo ha censurado, levantando estatua a su memoria en todas las grandes ciudades. ¿Por qué no ha podido hacer justicia de igual modo a Savonarola, el patriótico mártir, y erigirle un monumento que sirva de ejemplo para tiempos futuros? El sitio está allí, la plaza del Palazzo Vecchio, donde con tanto valor entregó su vida por la causa de la libertad religiosa y de la libertad humana.

(1) Verdaderamente, Savonarola era más católico que los mismos católicos. Uno de los cargos que más a menudo hacía contra los sacerdotes, era la falta de fe en la resurrección.

(2) Nacido en una dependencia de Florenzia.

CAPITULO VII

EL MARINO

England, bound in with the triumphant sea,
Whose rocky shore beats back the curious surge
Of watery Neptune.—FALCONER (1).

But oh! thou glorious and beautiful sea,
There is health and joy and blessing in thee:
Solemnly, weedy, I hear thy voice,
Bidding me weep and yet rejoice—
Weep for the loved ones buried beneath,
Rejoice in Him who has conquered death.

CAPTAIN HARE, of the *Eurydice* (2).

In the bow of the boat is the gift of another
world. Without it, what prison would be so strong
as that white and wailing sea? But the nails that
fasten together the planks of the boat's bows are
the rivets of the fellowship of the world. Their
iron does more than draw lightning out of heaven
it leads love round the earth.—RUSKIN (3).

El mar ha criado a los hombres más animosos. Los peligros de la vida de marino educan a los hombres en el valor; y no tan sólo en el valor sino también en el sentimiento profundo del deber. La vida del marino es vida de paciencia, de actividad y de vigilancia. Está llena de cuidados y de responsabilidades. No es como la vida en tierra, donde el hombre, después que su trabajo del día ha concluido, se puede ir a su cama a dormir sin temor.

El marino tiene que estar en continua vigilancia, tanto de noche como de día. En un viaje largo puede el piloto descansar tranquilamente en su camarote cuando los vientos son suaves y las aguas están tranquilas. Pero es vigilante y activo cuando se levanta la tempestad y se pone tumultuoso el mar. Las velas tienen que ser rizadas, o el buque tiene que hacerse correr. Puede ser de noche. El marino ha de subir para recoger un rizo. Va

(1) Inglaterra, rodeada por el triunfante mar, cuyas rocallosas costas reflejan las curiosas olas del acuoso Neptuno.—FALCONER.

(2) Mas, en ti ¡oh glorioso y bello mar! hay salud, y alegría, y bendición; oigo tu voz, solemne y dulce, invitándome a llorar, y a regocijarme: llorar por los seres queridos que yacen en las profundidades, regocijarme en Aquel que ha triunfado de la muerte.—CAPITÁN HARE, del *Eurydice*.

(3) En la proa del barco está el don de otro mundo. Sin eso, ¿qué prisión sería tan fuerte como ese mar blanco y sollozante? Mas, en los clavos que unen las tablas de la proa del barco, están los remaches de la asociación del mundo. Sus hierros hacen algo más que atraer los rayos del cielo: conducen el amor en torno de la tierra. RUSKIN.